



«No he venido a ser servido, sino a servir»

(Mt 20, 28)

Servidores en la comunidad
Sacerdocio común – sacerdocio ministerial

EUCARISTÍA DE PENTECOSTÉS

Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar
Solemnidad de Pentecostés
23 de mayo de 2010

Monición de entrada

El 19 de junio de 2009 tuvo lugar la apertura del «Año Sacerdotal» convocado por el Papa Benedicto XVI. En la carta de convocación, el Papa decía: «Este año desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo». Es por tanto un año para que todos conozcamos mejor y valoremos más este don que Dios hace a su Iglesia al suscitar vocaciones al ministerio sacerdotal. Pero el ministerio ordenado, como también indica el Papa en la carta de convocación, debe verse complementado con el sacerdocio común de todo el pueblo de Dios.

En esta fiesta de Pentecostés, Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, nos reunimos en torno a la mesa de la Palabra y de la Eucaristía pidiendo al Padre que su Espíritu descienda sobre todos nosotros, presbíteros y laicos, para que nos sintamos enviados por Él, corresponsables en la tarea evangelizadora, servidores unos de otros y, ejerciendo el sacerdocio común o ministerial, anunciemos con nuestras palabras y obras el Evangelio de Jesucristo resucitado.



Petición de perdón

- Tú, que nos envías tu Espíritu para ser servidores en la comunidad, Señor, ten piedad.
- Tú, que no has venido a ser servido sino a servir, Cristo, ten piedad.
- Tú, que has venido a dar tu vida en rescate por todos, Señor, ten piedad.

Monición a las Lecturas (*Hch 2, 1-11; Rm 8, 8-17; Jn 14, 15-16. 23b-26*)

En la primera lectura escucharemos que todos los discípulos estaban juntos el día de Pentecostés, como hoy todos nosotros, presbíteros y laicos, estamos juntos celebrando la Eucaristía. El mismo Espíritu desciende hoy sobre nosotros para llenarnos y capacitarnos como Iglesia, cada uno según nuestra propia vocación, para que hablemos la lengua que nuestro mundo de hoy puede entender para anunciarle el Evangelio.

En la segunda lectura, san Pablo nos recuerda que debemos dejarnos llevar por el Espíritu, para vivir como auténticos hijos de Dios al servicio de la comunidad. Esa es la grandeza y dignidad a la que estamos llamados, para que el Espíritu pueda vivificar nuestros cuerpos mortales.

Para que podamos concretar en nuestro actuar diario el compromiso evangelizador, Jesús en el Evangelio nos da la certeza de que este Espíritu que hemos recibido y por el que nos dejamos llevar será quien vaya recordándonos todo lo que Él nos ha dicho, para alcanzar y transmitir una mayor comprensión y actualización del mensaje evangélico.

Sugerencias para la Homilía

VER:

El 19 de junio de 2009 tuvo lugar la apertura del «Año Sacerdotal» convocado por el Papa Benedicto XVI. En la carta de convocación, el Papa decía: «Este año desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo».

Y más adelante, en la misma carta, el Papa indicaba la profunda vinculación entre el sacerdocio ministerial de los presbíteros y el sacerdocio común de los laicos: «Su ejemplo me lleva a poner de relieve los ámbitos de colaboración en los que se debe dar cada vez más cabida a los laicos, con los que



los presbíteros forman un único pueblo sacerdotal y entre los cuales, en virtud del sacerdocio ministerial, están puestos para llevar a todos a la unidad del amor: “amándose mutuamente con amor fraterno, rivalizando en la estima mutua” (Rm 12, 10)». En este contexto, hay que tener en cuenta la encarecida recomendación del Concilio Vaticano II a los presbíteros de «reconocer sinceramente y promover la dignidad de los laicos y la función que tienen como propia en la misión de la Iglesia... Deben escuchar de buena gana a los laicos, teniendo fraternalmente en cuenta sus deseos y reconociendo su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana, para poder junto con ellos reconocer los signos de los tiempos».

JUZGAR:

Dentro del Año Sacerdotal, esta indicación del Papa a los presbíteros para promover la corresponsabilidad de los laicos no debe sorprender, porque «con todos los regenerados en la fuente del bautismo los presbíteros son hermanos entre los hermanos, puesto que son miembros de un mismo Cuerpo de Cristo, cuya edificación se exige a todos (...). Los presbíteros, por tanto, deben presidir de forma que, buscando, no sus intereses sino los de Jesucristo, trabajen juntamente con los fieles seglares y se porten entre ellos a imitación del Maestro, que entre los hombres “no vino a ser servido, sino a servir, y dar su vida en redención de muchos” (Mt 20, 28). Reconozcan y promuevan sinceramente los presbíteros la dignidad de los seglares y la suya propia, y el papel que desempeñan los seglares en la misión de la Iglesia. Escuchen con gusto a los seglares, considerando fraternalmente sus deseos y aceptando su experiencia y competencia en los diversos campos de la actividad humana, a fin de poder reconocer juntamente con ellos los signos de los tiempos. Encomienden también confiadamente a los seglares trabajos en servicio de la Iglesia, dejándoles libertad y radio de acción, invitándolos incluso oportunamente a que emprendan sus obras por propia iniciativa» (*Presbyterorum ordinis*, 9).

Celebrar la fiesta de Pentecostés, Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, en el marco de este Año Sacerdotal, es una invitación a reflexionar acerca de la profunda unión y complementariedad que existe entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial.

Normalmente, cuando se habla de «sacerdocio» se da por supuesto que estamos hablando de los sacerdotes ordenados. Pero ya el Vaticano II insiste en el sacerdocio común de todos los bautizados, e invita a que lo ejerzan de manera responsable: «Los bautizados son consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, para que por medio de todas las obras del cristiano ofrezcan sacrificios espirituales



y anuncien las maravillas de quien los llamó de las tinieblas a su luz admirable» (*Lumen gentium*, 10).

En la Iglesia, el punto de partida es el sacerdocio común, porque es verdaderamente «común», es decir, de todos los bautizados, de todo el pueblo que forma juntamente el Cuerpo de Cristo, de toda la Iglesia, como hemos escuchado en la primera lectura: se llenaron todos de Espíritu Santo. No cabe entonces una separación, por una parte los presbíteros y por otra el resto de fieles: los presbíteros han sido elegidos por el Señor de entre el conjunto de bautizados.

Por lo tanto, todos debemos ejercer nuestro sacerdocio común, porque «con el único y definitivo sacrificio de la cruz, Jesús comunica a todos sus discípulos la dignidad y la misión de sacerdotes de la nueva y eterna Alianza (...). Los presbíteros se encuentran en relación positiva y animadora con los laicos, ya que su figura y su misión en la Iglesia no sustituye sino que más bien promueve el sacerdocio bautismal de todo el Pueblo de Dios, conduciéndolo a su plena realización eclesial (...). En efecto, el sacerdocio ministerial no significa de por sí un mayor grado de santidad respecto al sacerdocio común de los fieles; pero, por medio de él, los presbíteros reciben de Cristo en el Espíritu un don particular, para que puedan ayudar al Pueblo de Dios a ejercitar con fidelidad y plenitud el sacerdocio común que les ha sido conferido» (*Pastores dabo vobis*, 13-17).

Desde esta perspectiva, ¿cómo ejercen o pueden ejercer los laicos su sacerdocio común, al cual los presbíteros están llamados a acompañar y potenciar, como iguales que son en la tarea evangelizadora, hijos del mismo Padre aunque con diferentes funciones, todos corresponsables en la misión? «[Los laicos] en realidad, ejercen el apostolado con su trabajo para la evangelización y santificación de los hombres, y para la función y el desempeño de los negocios temporales, llevado a cabo con espíritu evangélico de forma que su laboriosidad en este aspecto sea un claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres. Pero siendo propio del estado de los laicos el vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, ellos son llamados por Dios para que, fervientes en el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento.

A los laicos se les presentan innumerables ocasiones para el ejercicio del apostolado de la evangelización y de la santificación. El mismo testimonio de la vida cristiana y las obras buenas, realizadas con espíritu sobrenatural, tiene eficacia para atraer a los hombres hacia la fe y hacia Dios (...). Los laicos ejercen un apostolado múltiple, tanto en la Iglesia como en el mundo. En ambos órdenes se abren varios campos de actividad apostólica, de los que queremos recordar aquí los principales, que son: las comunidades de la Iglesia, la familia, la juventud, el ámbito social, el orden nacional e internacional. Como en nuestros tiempos participan



las mujeres cada vez más activamente en toda la vida social, es de sumo interés su mayor participación también en los campos del apostolado de la Iglesia» (*Apostolicam actuositatem*, 269).

ACTUAR:

Siendo así las cosas, «el sacerdote debe crecer en la conciencia de la profunda comunión que lo vincula al pueblo de Dios; él no está sólo “al frente de” la Iglesia, sino ante todo “en” la Iglesia. Es hermano entre hermanos (...). La conciencia de esta comunión lleva a la necesidad de suscitar y desarrollar la corresponsabilidad en la común y única misión de salvación, con la diligente y cordial valoración de todos los carismas y tareas que el Espíritu otorga a los creyentes para la edificación de la Iglesia» (*Pastores dabó vobis*, 74).

Es necesario, por tanto, «suscitar y desarrollar la corresponsabilidad» de los laicos, porque «de este trato familiar entre laicos y pastores se deben esperar muchos bienes para la Iglesia; porque así se robustece en los seglares el sentido de su propia responsabilidad, se fomenta el entusiasmo y se asocian con mayor facilidad las fuerzas de los fieles a la obra de los pastores... de suerte que la Iglesia entera, fortalecida por todos sus miembros, pueda cumplir con mayor eficacia su misión en favor de la vida del mundo» (*Pastores dabó vobis*, 74).

Así pues, para que la Iglesia entera pueda cumplir su misión, los laicos han de decidirse, apoyados por el ministerio ordenado, a ejercer su sacerdocio común: «Nuestras comunidades han de animar a todos sus miembros a asumir sus responsabilidades individuales en la vida de la Iglesia y en la sociedad civil; despertarán en el conjunto del laicado la conciencia de que el apostolado asociado es expresión y exigencia de la comunión y la misión de la Iglesia; les animarán a asociarse y facilitarán procesos adecuados para la inserción en pequeñas comunidades eclesiales, asociaciones y movimientos apostólicos.

En una sociedad crecientemente secularizada, pluralista, individualista, fragmentada y conflictiva... las asociaciones, pequeñas comunidades eclesiales y los movimientos apostólicos deben facilitar a sus miembros y ofrecer a todos la ayuda y medios necesarios para personalizar la fe y vivirla evangélicamente; seguir un proceso de formación permanente; celebrar comunitariamente la fe; encontrar un ámbito eclesial de discernimiento comunitario; asumir las responsabilidades personales y ser fieles en los compromisos adquiridos en la comunidad eclesial y en la vida pública; constituir el sujeto social necesario para una presencia pública significativa y eficaz» (*Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 96-97).



Para discernir el compromiso concreto, dónde y cómo ejercer el sacerdocio común, el Espíritu viene en nuestra ayuda, porque como hemos escuchado en el Evangelio, «el Defensor, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho».

El Espíritu actualiza en nuestro hoy el mensaje del Evangelio y, tanto a presbíteros como a laicos, va sugiriendo medios e instrumentos que ayuden a avanzar en la meta deseada de la promoción del laicado. De ahí que hoy, Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, no podemos olvidar que «dentro de este contexto la *Christifideles laici* sólo cita de forma explícita la “Acción Católica”. Esta particular referencia concreta no debe extrañar, ya que la Acción Católica, de acuerdo con la doctrina de las cuatro notas, no es una asociación más, sino que en sus diversas realizaciones —aunque pueda ser sin estas siglas concretas— tiene la vocación de manifestar la forma habitual apostólica de “los laicos de la diócesis”, como organismo que articula a los laicos de forma estable y asociada en el dinamismo de la pastoral diocesana» (*Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 95).

En este sentido, nuestros obispos hacían la siguiente recomendación: «Alentamos a los sacerdotes a apoyar y acompañar la promoción de la Acción Católica General, que deberá estimular los esfuerzos de la parroquia a fin de: impulsar la evangelización de los ámbitos en que está inmersa la parroquia; impulsar un laicado adulto, evangelizador, militante; y contribuir a la unidad de la comunidad parroquial en la misión y a la corresponsabilidad de todos sus miembros. La presencia de la Iglesia en los diversos ámbitos de la sociedad civil —rural, obrero, de la cultura...— y de la evangelización a partir de la inserción de los laicos cristianos en ellos exige hoy, más que nunca, impulsar los movimientos especializados» (*Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 126-127).

Ya sea en la Acción Católica o en cualquier otro de los movimientos y asociaciones de Apostolado Seglar, la promoción del laicado, para que pueda ejercer su sacerdocio común en beneficio de toda la Iglesia y en orden a su misión evangelizadora, requiere el compromiso del ministerio ordenado, y su disponibilidad para acompañar a los laicos en dicho sacerdocio común: «Las comunidades diocesanas y la Conferencia Episcopal ofrecerán los medios pastorales y materiales necesarios para garantizar la dedicación de los sacerdotes a las asociaciones y movimientos debidamente reconocidos. La Conferencia Episcopal y las Iglesias particulares facilitarán la formación especial de los consiliarios y asesores que acompañan a las asociaciones y movimientos debidamente reconocidos» (*Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 129.131).

Urge, ante los actuales signos de los tiempos, que los laicos puedan asumir y ejercer su sacerdocio en colaboración con el ministerio ordenado. De ahí que sigan plenamente vigentes y actuales las palabras con que finaliza el do-



cumento CLIM y que en este Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar deben suponer para el laicado un impulso que les mueva, con la fuerza del Espíritu, a vivir su corresponsabilidad como miembros de la Iglesia:

«Si ayer la tentación de los cristianos pudo ser reducir el cristianismo al culto, hoy es, sin duda, la de separar la fe de los diversos ámbitos de la vida: familia, profesión, economía, política...

Hoy la Iglesia ha de recorrer de nuevo viejos caminos y emprender otros nuevos que se abren en nuestro tiempo a la evangelización: la familia, la juventud, el trabajo, la política, los medios de comunicación.

Los cristianos laicos son la Iglesia en estos caminos de la historia, en los diversos escenarios de la sociedad secular. El compromiso de los laicos en las realidades seculares garantizará, a un tiempo, la secularidad, el valor humano de las realidades temporales, y su dimensión trascendente, sin confusión ni separación.

Ciertamente “grava sobre todos los laicos la gloriosa carga de trabajar para que el designio de salvación alcance cada día más a todos los hombres de todos los tiempos y de toda la tierra”. En un mundo secular los laicos —hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos— son los protagonistas de la nueva evangelización, con el Espíritu Santo que se les ha dado. El Espíritu Santo impulsa a los evangelizadores y hace que se conviertan, comprendan y acepten el evangelio que se les propone. La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos, o no se hará» (*Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, 146-148).

Oración de los fieles

En esta solemnidad de Pentecostés, pidamos al Padre para que nos envíe su Espíritu, y nos haga en medio de su Iglesia servidores en la comunidad, para que así podamos transformar la faz de la tierra. Oremos diciendo: Señor, haznos servidores en la comunidad.

1. Por quienes formamos la Iglesia: por nuestros pastores, por los religiosos y religiosas, por todos los cristianos y cristianas, para que hagamos de la Iglesia un hogar cálido en el que la fe pueda crecer y fructificar en bien de toda la sociedad. Oremos.

2. Por los Movimientos de Acción Católica y Apostolado Seglar, para que vivamos el ardor de apóstoles que procede de nuestro bautismo, y seamos así testigos valientes de Jesucristo y su Evangelio entre las personas con las que vivimos y trabajamos. Oremos.

3. Por los Movimientos Juveniles y por todos los jóvenes, para que vivamos atentos a la Palabra de Dios, construyendo nuestras vidas sobre los auténticos valores del Evangelio y los anunciemos a los demás jóvenes. Oremos.



4. Por los Movimientos Infantiles y por todos los niños y niñas, para que con la ayuda de los adultos y de los jóvenes conozcamos mejor a Jesús y vaya creciendo en nuestros corazones la semilla de la fe. Oremos.

5. Por los Movimientos Familiares y por todos los padres y madres de familia, para que nos esforcemos en hacer crecer la semilla de la fe en nosotros, en nuestros hogares, y podamos ayudar a que germine y crezca en nuestros hijos e hijas. Oremos.

6. Por nuestras Iglesias diocesanas, para que sigan poniendo sus esfuerzos en promover y formar cristianos laicos, adultos, militantes y corresponsables, que renueven nuestras comunidades parroquiales y vivan en medio del mundo siendo sembradores de las semillas del Reino. Oremos.

7. Por quienes participamos en esta Eucaristía, por los más pobres de nuestro mundo (excluidos, víctimas de la violencia y el terrorismo, inmigrantes, refugiados, sin techo, parados...), para que su grito sea escuchado y provoque en nosotros una reacción de solidaridad y compromiso por la justicia. Oremos.

Danos tu Espíritu, Señor, que nos haga valientes testigos del Evangelio de tu Hijo en medio del mundo, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos.

Monición final de envío

«La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos, o no se hará». Que la celebración de Pentecostés sea para todos una llamada a vivir con mayor radicalidad el Evangelio, una llamada a la que podemos y debemos responder poniéndonos a la escucha del Espíritu, dejándonos guiar por Él y poniéndonos a su servicio, en nuestro día a día.

Urge que los laicos ejerzan su sacerdocio bautismal para que se pueda llevar adelante la nueva evangelización. Que el Espíritu que hemos recibido nos mueva a sabernos y sentirnos corresponsables, junto con el sacerdocio ministerial, en la misión evangelizadora para continuar anunciando el Evangelio de palabra y de obra y, por nuestro testimonio, cada vez más personas puedan, recibiendo el Espíritu Santo, llamar a Dios ¡Padre! y vivir con la dignidad de hijos de Dios.

Sugerencia para los cantos

Entrada: «El Señor os dará su Espíritu Santo» / «Jesús está entre nosotros»

Ofertorio: «Espíritu Santo, ven en el nombre de Jesús» / «Llevemos al Señor el vino y el pan»

Comunión: «Ven, Espíritu de Dios, sobre mí» / «Tú, Señor, me llamas»

Final: «Id por el mundo y proclamad» / «Nos envías por el mundo»